

**Resumen de un viaje a la región de Agua Caliente (provincia de Jujuy)
realizado por el profesor Milcíades Alejo Vignati**

BREVE INFORME PRELIMINAR

En el año 1892, Max Uhle visitó el cementerio de Agua Caliente coleccionando para el Museo Real de etnografía de Berlín. Una contribución craneológica de Virchow y una lacónica enumeración del material arqueológico por Seler, son los resultados éditos a ese respecto.

En mi visita preliminar a ese lugar, durante el presente verano, pude

conseguir algunos elementos de estudio, dejando para otra oportunidad el relevamiento exacto de la necrópolis y el usufructo total de los materiales allí existentes que no estaba en condiciones de afrontar.

Los cráneos recogidos concuerdan en sus caracteres con los descriptos por Virchow, pero, en cambio, discrepan en su morfología general con los que es dado encontrar en la quebrada de Humahuaca, lo cual, de por sí, confirma las conclusiones que ya había establecido la arqueología.

Igualmente, los objetos encontrados en las sepulturas son similares a los estudiados por Selser, aunque es necesario añadir algunos otros todavía no señalados en la colección Uhle. Además de las palas y azadones, en piedra, que junto con los cuchillones, en madera, nos hablan de los hábitos agrícolas de esos aborígenes, pude encontrar restos de canastería, tejidos numerosos, cuerdas que tienen la singularidad de formar una madeja que tiene atadas en su parte céntrica dedos de uno de los camélidos del altiplano que conservan todavía su pezuña, calabazas pirograbadas, peines hechos con espinas de cactus. También se encontró el cuerpo momificado de un *Canis ingae*.

Los restos humanos forman paquetes funerarios envueltos en ponchos de colores oscuros, especialmente castaño rojizo y atados por largas cuerdas provistas de horquetas terminales. Las sepulturas son individuales.

Pero el conocimiento más importante y sobre el que finco mi opinión en cuanto al origen de ese cementerio, es que está constituido por chulpas, es decir, que es una expansión hacia el sur de las observadas por Debenedetti en la región del río San Juan Mayo, y cuyas características principales son idénticas en uno y otro enterratorio.

Dado el valor que la mentalidad primitiva ha asignado a la sepultura de sus muertos, la presencia de esas chulpas basta de por sí para asimilar los yacimientos a la margen del río San Juan Mayo. Y si a esto añadimos que ese tipo tan especializado de sepulcro no se ensuentra al occidente de la puna y sí hacia el norte en territorio boliviano, se comprende con cuanta razón hace unos años protesté de la intromisión de los Atacamas en nuestro territorio y reivindicué para los Chichas las ruinas y necrópolis existentes desde el límite norte de nuestro país hasta la localidad de Moreta y que ahora es necesario ampliar hasta la altura de Cochino. No cabe dudar que eran indios Chichas las entidades innominadas por Matienzo en los poblados que mediaban entre Moreta y Casavindo.

Como puede verse, ya no es sobre la presencia o ausencia de determinado material arqueológico, ni sobre su semejanza o disparidad que mantengo mi enunciado punto de vista. La sepultura, manifestación real de las ideas religiosas, símbolo de la creencia hacia un más allá, es el testimonio más solemne que ha podido dejarnos el aborígen de la puna jujeña para que lo distingamos de su vecino occidental, el Atacama, del que, por el momento, no hay prueba alguna de su estada en territorio extra-chileno.